

que Saul habia obrado neciamente y no habia guardado los mandamientos que le dió el Señor su Dios; además, este castigo no era una privacion del reino eterno, sino del reino temporal, al que elevó el Señor á Saul de entre todos los hijos de Israel por una pura gracia, tomándole de la última tribu de la nacion y de la última familia de su tribu para que resultase mas la gracia de su eleccion, y derramando sobre él con prodigalidad, por decirlo así sus favores, sin que Saul tuviese merecido ni el menor de ellos. El Señor era el dueño del reino y de cuanto pertenecía al reino, y así como le concedió á Saul sin méritos, así tambien le traslada ahora á otro sin injusticia. Por otra parte es muy creible que la sentencia de privacion del reino era solo conminatoria, es decir, una amenaza, como la que un siglo despues hizo el profeta Jonás á los Ninívtas, y que Saul habia logrado con la penitencia, como aquellos, que no se verificase el castigo con que se le amenazaba: y en efecto, así parece que lo creía el mismo Samuel, cuando se determinó á seguir al rey en lo restante de esta guerra; sobre todo cuando años despues en la que hizo á los Amalecitas, habiendo faltado aun mas fea y gravemente á otro mandato del Señor, le dijo Samuel: Por cuanto has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado, para que no seas rey; y esto prueba que hasta entonces no estaba desechado, sino solo amenazado. Saul tambien lo creyó así, viendo que el espíritu del Señor continuaba dándole valor para defenderse de sus enemigos en tan grande apuro, y conservando en su alma la esperanza de vencerlos.

Salió, pues, Samuel de Gálgala y fué á Gabaa de Benjamin. Saul, Jonatás y las tropas salieron tambien de Gálgala y fueron á situarse sobre el collado de Benjamin. Allí hizo recuento el rey de sus soldados y solo halló como unos seiscientos, y al ver sus fuerzas tan inferiores á las de los Filisteos, se acantonó á espaldas de los muros de Gabaa, atrincherándose lo mejor que pudo, para evi-

tar cualquiera sorpresa del enemigo, y esperó sus movimientos, para ordenar él y dirigir tambien los suyos. Tenia consigo el arca santa, y el sumo sacerdote Achías, hijo de Achitob, estaba revestido del efod, y prevenido para consultar al Señor en todo lance. En esta situacion Saul se propuso no emprender y estarse á dejar venir. Mas su hijo Jonátas, lleno de brio y de ardor por la gloria del Señor y de la religion, no podia sufrir esta inaccion que le parecia dictada por la prudencia humana y el temor; porque creía él, que un general de los ejércitos de Dios debia pelear con los infieles sin detenerse y acometerles seguro de batirlos, á pesar de la desigualdad de fuerzas, puesto que el Señor, en cuyo nombre habia de pelear, concede la victoria á los pocos como á los muchos.

Poseido de estos sentimientos y estimulado continuamente por ellos, llegó un dia en que ya no pudo resistirlos. Tenia un escudero jóven como él, de buena disposicion, valiente, lleno de celo y religion, y digno por sus buenas calidades del señor que le habia escogido. Ven, le dijo Jonatás: pasemos á ese cuerpo de tropas de incircuncisos, por si el Señor quisiese obrar por nuestro medio, porque no es difícil al Señor salvar, ó con muchos, ó con pocos. Haced todo lo que bien os pareciere, respondió el escudero, adonde gustáreis, y yo estare con vos donde quisiéreis. Pues vamos allá, dijo Jonatás. Si cuando nos acerquemos á ellos, nos dijeren: Esperad hasta que lleguemos á vosotros, parémonos y no subamos á ellos; mas si dijeren: Subid á nosotros, subamos, porque el Señor los ha entregado en nuestras manos. Esto servirá de señal para nosotros. Se conoce que esta señal fué una inspiracion del Cielo, ya por los sentimientos que tanto tiempo habian ocupado y combatido á este príncipe, y ya por la proteccion que dispensó el Señor á una empresa que en otro caso habria sido temeraria y supersticiosa.

Presentáronse, pues, los dos al cuerpo de tropas de

los Filisteos, y dijeron estos : Ved allí los Hebreos que salen de las cavernas, en que se habian escondido; y levantando la voz algunos de las tropas, dijeron á Jonatás y á su escudero : Subid acá y veréis lo que es bueno. Subamos, dijo entonces Jonatás. Sígueme, porque el Señor los ha puesto en las manos de Israel. Subió, pues, Jonatás estribándose sobre sus manos y piés (gateando) y trás de él su escudero, y así unos caían muertos por Jonatás, y su escudero, que le seguía, mataba á otros; y este fué el primer destrozo en que Jonatás y su escudero mataron como unos veinte hombres en la mitad del terreno que una yunta de bueyes puede arar en un dia.

Esta primera derrota que dos hombres solos, ó digamos dos muchachos, hicieron en los Filisteos, ya no se pudo mirar sino como un milagro; pero este se hizo indudable, cuando el resto de tropas que habia en aquel fuerte, las guarniciones que le rodeaban y los cuerpos avanzados, todos quedaron poseidos del estupor y el espanto, y todo el ejército asombrado y consternado. Á este pavor y terror se siguió el desórden. Los escuadrones se deshacian, los jefes los abandonaban y los soldados huían por todas partes. Las centinelas de Saul al ver esta confusion en el ejército enemigo, dieron al momento aviso al rey, y Saul no sabiendo el origen de este desórden, porque Jonatás nada habia dicho, mandó inmediatamente que se viese si faltaba alguno de su tropa y se averiguó que faltaban Jonatás y su escudero. Entonces dijo Saul al sumo sacerdote Achías que se acercase al arca santa y consultase al Señor, y mientras que Achías consultaba al Señor, orando con las manos levantadas al cielo, se movió un gran tumulto en el campo de los Filisteos é iba creciendo sin cesar, oyéndose cada vez mas. Con esto dijo Saul al sumo sacerdote : Baja tus manos (deja de consultar); y poniéndose al frente de sus tropas, acudió al lugar del combate, y hé aquí que cada uno de los enemigos habia vuelto su espada contra el que tenia á su lado y la mortandad era en gran ma-

nera grande. Los Hebreos que habian estado con los Filisteos dias antes y subido con ellos al campamento, se incorporaron con las tropas que estaban con Saul, y todos los Israelitas que se habian escondido en el monte de Efrain, cuando oyeron que huían los Filisteos, se unieron con los suyos para pelear, y llegaron á juntarse con Saul como unos diez mil hombres, que tomando de las armas que tiraban los que huían, y de las que quedaban al lado de los muertos, fueron bien armados, cargándolos hasta Betaven, y salvó el Señor á Israel en aquel dia : mas la imprudencia de Saul hizo que la victoria no fuese completa, porque se libraron muchos Filisteos que debian haber caído en sus manos. Al cargar á los que huían, juró Saul al pueblo, diciendo : Maldito sea el hombre que comiere pan antes de la noche hasta que me haya vengado de mis enemigos, y todo el pueblo no comió pan.

Continuando la persecucion, entraron en un bosque en el que se veía correr la miel (de esto hay mucho en la Palestina), pero ninguno la tocó, porque temian el juramento; mas Jonatás, que no le habia oido, porque estaria aun peleando cuando su padre le hizo, alargó la punta de una vara que tenia en la mano, la clavó en un panal, le tomó y seguía andando y comiendo, como hizo Sanson con el panal fabricado en la boca del leon, y se le aclararon los ojos, porque de necesidad y cansancio se le barria la vista; pero uno de los que habian oido el juramento de Saul, dijo á Jonatás : Vuestro padre ha obligado al pueblo con juramento, diciendo : Maldito el hombre que comiere hoy pan; y dijo Jonatás : Mi padre ha turbado la tierra (de Israel). Vosotros mismos habeis visto como se han aclarado mis ojos por haber comido un poco de esta miel. ¿Cuánto mas se hubiera fortalecido y animado el pueblo si hubiera comido del despojo de nuestros enemigos? ¿Acaso no se habria hecho mayor estrago en los Filisteos? Jonatás dijo en esto una verdad, pero con demasiada viveza, y sin acordarse que hablaba

de un padre á quien amaba y veneraba, y esto prueba, cuán difícil es que un joven valiente y vencedor mire con calma y sin quejarse una orden imprudente que le rebajaba la victoria.

Jonatás á pesar de este contratiempo, y de las consecuencias que podría tener su trasgresion, aunque inocente, siguió batiendo á los enemigos, con el nuevo brio que le habia dado el alimento, hasta la ciudad de Ayalon, cuatro leguas mas allá de Macmas, en cuyas cercanías habia principiado la persecucion; pero al llegar á este punto, se encontró el pueblo desfallecido en extremo. Se hallaban ya en la tarde, hora en que se concluia la prohibicion impuesta con juramento por Saul, y el pueblo echándose sobre los despojos que habia cogido el enemigo, tomó ovejas, vacas y becerros, los degolló en tierra y los comió con la sangre. Esto estaba prohibido, pero era tal la necesidad que no dieron lugar á que se vertiese la sangre y enjugase la carne. Dieron aviso á Saul de que el pueblo habia pecado contra el Señor, comiendo la carne con sangre, y dijo Saul: *Habéis prevaricado. Rodadme acá una piedra grande, y esparcid por la gente y decidles, que me traiga cada uno su buey y su carnero y matadlos sobre esta piedra y comed, y no pecaréis contra el Señor, comiéndolos con sangre; y cada uno del pueblo llevó por su propia mano su buey y su carnero, y los degollaban sobre la piedra y los comian hasta que llegó la noche. Saul edificó un altar al Señor, mas no se sabe si sacrificó sobre él, porque nada dice el historiador sagrado.*

Saul contaba con seguir la persecucion de sus enemigos y acabar con ellos luego que se alimentase el pueblo, y á este fin le habló diciendo: *Arrojémonos de noche sobre los Filisteos, destruyámoslos hasta que venga el día y no dejemos ni uno de ellos, y dijo el pueblo: Haced todo lo que os pareciere bien; pero el sumo sacerdote dijo á Saul: Acerquémonos antes al Señor. Convino en ello Saul y consultó al Señor, diciendo:*

¿Seguiré el alcance de los Filisteos? ¿Los entregaréis en las manos de Israel? Pero el Señor no respondió en este día. Desde luego creyó Saul que alguna culpa secreta era la causa de este silencio (que no usaba cuando estaba complacido con su pueblo), y mandó que se presentasen todos los principales. Examinad y ved, les dijo, por culpa de quién ha venido hoy este pecado. ¡Vive el Señor, que es el salvador de Israel, que si la causa de esto es mi hijo Jonatás, morirá sin remision! y ninguno de todo el pueblo le contradijo. Separáos vosotros á un lado, dijo á todo Israel, y yo con mi hijo Jonatás estaremos á otro. Haced, respondió el pueblo, todo lo que bien os pareciere. Entonces dijo Saul: Señor, Dios de Israel, dad á conocer por qué motivo no habeis respondido hoy á vuestro siervo. Si esta maldad está en mí ó en mi hijo Jonatás, declaradlo; pero si vuestro pueblo es el culpado, santificadle: acabada esta breve oracion y sin tener declaracion del Señor, hizo Saul echar suertes, y cayó la suerte sobre Jonatás, y Saul y el pueblo quedó libre. Entonces dijo Saul: Echad suerte entre mí y Jonatás mi hijo, y cayó la suerte sobre Jonatás. ¿Qué has hecho? dijo Saul á Jonatás, y Jonatás lo declaró diciendo: Gusté un poco de miel con la punta de la vara que tenia en la mano, y por esto muero. Esto haga Dios conmigo, dijo aquí Saul, y esto añada: porque morirás irremisiblemente Jonatás.

Saul desatinaba mas cada dia, y los juramentos no le costaban ya nada. Faltó de discrecion y de prudencia precipitaba sus resoluciones, y estas tenían lastimosos resultados. Prohibe con pena de muerte todo alimento al pueblo hasta que concluya con sus enemigos, y esta misma prohibicion es la causa de no acabar con ellos, porque fatigado el pueblo por el hambre, no pudo seguir persiguiéndolos. Echa suertes para averiguar el culpable del silencio del Señor, cuya averiguacion desapueba el Señor con un nuevo silencio, y esta averiguacion le pone en el terrible caso de morir él ó su hijo. Se empeña

en continuar su averiguacion; sortea entre el rey y el príncipe, ¿y qué hará si la suerte desgraciada toca al rey? ¿renunciará el reino para caminar al suplicio? Tocó la desgracia al príncipe, ¿y qué hará con este inocente? ¿le mandará quitar la vida?... ¡Qué horror! Pero un abismo llama á otro abismo. La sentencia está ya dada y confirmada con nuevo juramento. No hay remedio. El hermoso Jonatás, el jóven mas amable y mas valiente de Israel va á derramar su sangre y á dar su vida por haberla dado á su pueblo y á su rey. ¡Dios eterno! ¡Consentiréis este atentado! ¿No habrá un ángel que estorbe la ejecucion de la sentencia de Saul para que no sea degollado este segundo Isaac, como le hubo para detener el brazo de Abraham? ¿Será sacrificada sin remedio esta preciosa é inocente víctima? Pero el pueblo ama tiernamente al príncipe, y al oír la sentencia de su padre, clama de todas partes, ¿con que morirá Jonatás que ha obrado esta gran salud en Israel? Esto no es para dicho, vive el Señor que no ha de caer en tierra ni un solo cabello de su cabeza, porque ha obrado hoy con Dios. Y el pueblo libró á Jonatás para que no muriese.

Saul, al ver este amor y esta ternura del pueblo para con su hijo, se dejó penetrar tambien de la ternura. Condenó él mismo su severidad, y asegurado de la cesacion de sus juramentos por la imposibilidad de cumplirlos, declaró libre á su hijo. Mas como el Señor habia guardado silencio á sus preguntas, no se atrevió á continuar persiguiendo á los Filisteos. Les dejó recoger las reliquias de su ejército y retirarse á sus tierras, imposibilitados de vengar al pronto la afrenta que habian recibido; pero muy resueltos á no dilatarlo mas tiempo que el necesario para rehacerse y recobrar su poder. Gustoso Saul de la victoria que habia conseguido, y de haber salido de los pasos delicados en que le habia puesto su precipitacion, despidió al pueblo, á excepcion de los tres mil hombres que hacían la guardia de su persona y con ellos se volvió á su ciudad de Gabaa.

Las empresas y hazañas de Saul en el primer año de su reinado habian sido de mucha consideracion. Destruyó á los Amonitas en una sola mañana, y libró á los Israelitas de Jabes-Galaad de la esclavitud, el tormento y la ignominia. El príncipe Jonatás dió principio á la guerra con los Filisteos, y Saul su padre la continuó y la sostuvo casi solo con su hijo. El Señor los confundió y desordenó, y Saul los persiguió y dió á la nacion una libertad completa. Estos felices principios eran grandes preludios de un gobierno dichoso; pero mientras que la nacion podia esperar un porvenir feliz, el rey debia temer un porvenir desgraciado. Condenado á perder la corona por su primera desobediencia y sin designarse el tiempo á que se referia este castigo, podia venir sobre él por cualquiera causa y en cualquier momento. Sin embargo esta sentencia no se creía irrevocable, sino mas bien conminatoria, como ya hemos dicho; y la penitencia, el respeto á las órdenes del Señor, y su fiel cumplimiento podrian alcanzar su revocacion; pero el carácter de Saul era la inconstancia, la precipitacion y la impaciencia. Comenzaba el bien con ardor, y pocas veces llegaba á concluirle. Á los actos de una gran sumision se seguian las precipitaciones de una violenta impaciencia, y este carácter no era á propósito para lograr la revocacion de la sentencia. Por lo demás no le faltaban las calidades que forman grandes príncipes, y con una fidelidad constante habria logrado la revocacion y asegurado la corona en su cabeza y en la de su descendencia, porque no faltaba á Saul familia que la tomase á su muerte. De Achinoan, su mujer de primer orden, tuvo cuatro hijos, Jonatás, Yesui ó Abinadad, Melchisua é Isboset; y dos hijas, Merob y Micol; y de Resfa, su mujer de segundo orden, tuvo dos hijos, Armoni y Mifiboset. Tenia tambien Saul un primo hermano llamado Abner, hijo de Ner, y este era el general de su ejército.

Nunca olvidó Saul que habia sido elegido rey, principalmente para librar el pueblo de Dios de sus tiranos y

defenderle de sus enemigos; y no se puede negar que cumplió con este encargo. Su genio era guerrero y sus victorias le acreditaban de un hábil general. Hacia grande estimacion del valor, y procuraba atraer á sí á todos los que advertia con inclinacion á las armas, ó que se distinguían en alguna accion de guerra. Los diez y seis años que reinó casi no fueron otra cosa que una serie de batallas y de victorias. Luego que vió afianzado su trono con la derrota de los Filisteos, declaró la guerra á todos los enemigos que rodeaban su reino, y peleaba contra Moab, contra los hijos de Amon, contra Edon, contra los reyes de Soba y contra los Filisteos, y adonde quiera que se dirigia, salia vencedor. Solo los Filisteos, siempre vencidos y nunca domados, le hicieron estar continuamente con las armas en la mano. No pudo alcanzar de ellos, ni paz durable, ni guerra decisiva. Casi todos los años se renovaban los combates. No recibió la ley de estos incircuncisos, pero tampoco pudo dársela, y por último vino á morir peleando con ellos.

Tantas guerras y tantas victorias daban abundante materia para la historia del reinado de Saul, pero los escritores sagrados se contentaron con hacerla conocer únicamente con relacion á la serie de los hechos. Refieren por mayor y en pocas líneas lo que sucedió con grandes circunstancias y en muchos años, y no describen individualmente sino un solo suceso que aconteció en el segundo de su reinado, y eso porque miran este año y este suceso como el último del reinado de este príncipe; pues aunque continuan en adelante hablando de Saul, no es tanto por conservar su memoria, como por comenzar la historia de David su sucesor, y acabar la de Samuel, juez de Israel á quien Saul habia sucedido, no ya como juez, sino como rey de la nacion. El suceso de que hablamos es el de los Amalecitas, con el que se confirmó la sentencia pronunciada contra Saul, cuando desobedeció en Gálgala el mandato del Señor, intimado por Samuel. Vamos á referirle.

En fines del año segundo del reinado de Saul se le presentó Samuel y le dijo: El Señor me envió para ungirte por rey para su pueblo de Israel: pues oye ahora la voz del Señor; esto dice el Señor de los ejércitos: Presente tengo cuanto hizo Amalec con Israel; cómo le resistió cuando subia de Egipto. Vé, pues, ahora y hiere á Amalec y destruye todas sus cosas. No le perdones, ni desees cosa alguna de las suyas, sino pasa á filo de espada desde el hombre hasta la mujer; al párvulo y al que mama, á la vaca y á la oveja, al camello y al jumento. Saul emprendió la ejecucion de esta sentencia (dada tantos años antes contra Amalec y renovada ahora) con aquel calor que era propio de su carácter; pero no la llevó á cabo por aquella inconstancia en el bien que era propia tambien de su flaqueza. Tan pronto como Samuel le intimó la orden del Señor, juntó sus tropas, las pasó revista y resultaron doscientos mil hombres de á pié, y diez mil que ponía más la tribu de Judá, como más fuerte y numerosa. Condujo luego su ejército en derechura á la ciudad de Amalec, capital del reino y corte del rey. Puso una emboscada á lo largo de un torrente cercano á ella, y antes de pasar adelante, dijo á los Cineos descendientes de Jetró, suegro de Moisés, que habian permanecido fieles al Señor y aliados de su pueblo escogido: Retiráos, salid del país de los Amalecitas, no sea que os envuelva con ellos. Vosotros hicisteis misericordia con los hijos de Israel cuando subian de Egipto: y se retiraron los Cineos de en medio de Amalec. Entonces Saul se arrojó sobre los Amalecitas, los derrotó y les fué persiguiendo desde Hevila hasta Sur en las fronteras de Egipto. Cogió vivo á Agag, su rey, y pasó á filo de espada todo el vulgo. Perdonó Saul y el pueblo á Agag, y los mejores rebaños de ovejas, de carneros y de vacas, y los mejores vestidos y todo lo que era hermoso y de valía, y no quisieron destruirlo. Solo aquello que hubo vil y despreciable, esto destruyeron.

Segunda reprobacion de Saul.

Y habló el Señor á Samuel, diciendo : Me pesa de haber hecho rey á Saul, porque me ha dejado y no ha dado cumplimiento á mis palabras. Samuel se entristeció mucho al oír esto, y estuvo clamando al Señor por Saul toda la noche. Se levantó antes del día para ir en busca de Saul por la mañana y fué avisado : que Saul habia ido al Carmelo : que se habia erigido un arco triunfal : y que habia bajado á Gálgala. Vino, pues, Samuel á Gálgala y halló á Saul ofreciendo al Señor un holocausto de las primicias de los despojos que habia traído de Amalec. Cuando llegó Samuel adonde estaba Saul, le dijo este : Bendito seas tú del Señor. He cumplido la palabra del Señor. ¿Pues qué voz de ganados, dijo Samuel, es esta que resuena en mis oídos, y de vacas que yo estoy viendo? De Amalec los trajeron, respondió Saul, porque el pueblo perdonó á lo mejor de las ovejas y las vacas para sacrificarlo al Señor, tu Dios. Déjame, dijo Samuel á Saul, y te indicaré lo que el Señor me ha dicho esta noche. Dilo, respondió Saul ; y dijo Samuel : ¿No es verdad que cuando eras pequeño en tus ojos, fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel? ¿Y el Señor te ungió por rey sobre Israel y te ha enviado en camino, y dicho : Anda y destruye á los pecadores de Amalec, y pelea contra ellos hasta su exterminio? ¿Porqué, pues, no has oído la voz del Señor, sino que te has vuelto á la presa y hecho lo malo en los ojos del Señor? Y respondió Saul á Samuel : ¿Cómo no? Yo he oído la voz del Señor, he andado por el camino que me envió, he traído á Agag, rey de Amalec, vivo, y he pasado á cuchillo á los Amalecitas ; mas el pueblo tomó de la presa ovejas y vacas como primicias de lo que fué exterminado para ofrecerlas al Señor su Dios en Gálgala. ¡Pues qué! dijo Samuel. ¿No quiere mas el Señor que se obedezca su voz, que holocaustos y que víctimas?

Porque mejor es la obediencia que las víctimas, y oír con docilidad, que ofrecer grosura de carneros. Resistir es como un pecado de magia, y no querer someterse como un crimen de idolatría. Pues, porque has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado á ti para que no seas rey ; y dijo Saul á Samuel : He pecado, porque he quebrantado la palabra del Señor y tus dictámenes, temiendo al pueblo y obedeciendo á su voz ; pero ahora te ruego que sufras mi pecado y te vuelvas conmigo para que adore al Señor. No volveré contigo, le dijo Samuel, porque has desechado la palabra del Señor, y el Señor te ha desechado á ti para que no seas rey sobre Israel, y se rodeó Samuel para irse ; pero Saul cogió una punta del manto, y el manto se rasgó. Entonces le dijo Samuel : El Señor ha rasgado hoy de ti el reino de Israel y le ha dado á tu prójimo mejor que tú ; y el (Omnipotente) triunfador en Israel no perdonará ni se doblará por arrepentimiento, porque no es hombre para que haga penitencia ; y dijo Saul : He pecado, mas hónrame ahora delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y vuélvete conmigo para que adore al Señor tu Dios. Condescendió al fin Samuel y se volvió con Saul, y Saul adoró al Señor. Entonces dijo Samuel : Traedme acá á Agag, rey de Amalec, y le presentaron á Agag gruesísimo y estremeciéndose ; y al verse Agag delante de Samuel, exclamó : ¡Así separa la amarga muerte! Como tu espada, contestó Samuel, dejó sin hijos á las mujeres, así tu madre entre las mujeres quedará sin hijos. Aquí Samuel como ministro de Dios y por su orden hizo lo que la inobediencia de Saul no habia querido ejecutar : quitó la vida á Agag y le dividió en trozos, como se divide una víctima delante del Señor. Así concluyó la terrible escena en que Saul fué reprobado irrevocablemente para no reinar sobre Israel. En el resto de su vida no fué ya rigurosamente un rey, sino un administrador, por decirlo así, y un regente del reino en lugar del rey menor que el Señor se habia escogido. Es

verdad que la corona permanecía en su cabeza : que él ejercía todos los actos de la soberanía : que mandaba el ejército y combatía á los enemigos : que los pueblos le obedecían y servían... pero no tenía en su mano el centro sino como prestado, ni la autoridad sino como en depósito. Saul acostumbraba al pueblo á obedecer á los reyes, y daba tiempo á que el sucesor que Dios le destinaba, creciese en edad, en experiencia y prudencia ; se acostumbrase á los trabajos de súbdito antes de llegar á ser rey ; se hiciese digno de la corona, y la llevase con gloria.

Después de la muerte de Agag, Samuel se retiró á su casa de Ramata y Saul subió á la suya de Gabaa, y no vió mas Samuel á Saul hasta el día de su muerte ; pero Samuel, modelo perfecto de ministros del Señor, al paso que detestaba las inobediencias de este monarca, que él mismo había llevado al trono, amaba su persona y sentía sobremanera la sentencia de destronamiento que acababa de intimarle por orden de Dios. Á pesar de esto aun esperaba que Saul entrase en los caminos de la obediencia y la penitencia, y que el Señor recibiría su sumisión y reconocimiento, y revocaría la sentencia. Con esta esperanza lloraba y pedía por Saul en la soledad de su casa de Ramata con tanta continuación y empeño, que obligó en cierto modo al Señor á que le reprendiese diciendo : ¿Hasta cuándo tú llorarás á Saul, habiéndole yo desechado para que no reine sobre Israel ? Llena tu aceitera de óleo y ven para que te envíe á Isai Belenita, porque entre sus hijos me he proveído de rey.

Eleccion y uncion de David para rey de Israel.

Samuel estaba dispuesto siempre para hacer en todo la voluntad del Señor, aunque fuese á costa de su vida ; pero halló aquí un inconveniente que no sabía si quer-

ria el Señor que pasase por él, y así se determinó á preguntar : ¿ De qué modo iré ? Porque lo oirá Saul y me matará. Y le respondió el Señor : Tomarás en tus manos un ternero de la vacada y dirás : Á ofrecer sacrificio al Señor he venido. Lllamarás á Isai al sacrificio, yo te manifestaré lo que has de hacer y ungrás á aquel que yo te mostraré. Hizolo, pues, Samuel como le había dicho el Señor. Fué á Belén, y cuando lo supieron los ancianos de la ciudad, se admiraron y salieron inmediatamente á recibirle, y un tanto sobresaltados, le preguntaron : ¿ Es de paz tu venida ? De paz es, les respondió. Á ofrecer sacrificio al Señor he venido. Purificáos y acompañadme para que ofrezca la víctima. Esto encargó á todos los ancianos, añadiendo á Isai, que mandase á sus hijos que se purificasen y los trajese al sacrificio. Este se celebró con la solemnidad acostumbrada, y concluido se despidieron los ancianos. Samuel se dirigió á la casa de Isai, y luego que entró, vió á Eliab, y dijo (hablando con Dios) : ¿ Por ventura está delante del Señor su ungido ? Y le dijo el Señor : No mires á su presencia, ni á su grande estatura, porque le he dejado, ni yo juzgo por lo que aparece á la vista del hombre ; porque el hombre ve lo que aparece, pero el Señor ve el corazón. Llamó en seguida Isai á Abinadab y le puso delante de Samuel, y dijo Samuel : Ni á este ha escogido el Señor. Trajo Isai á Sama, del cual dijo Samuel : Tampoco á este ha escogido el Señor. Con esto Isai trajo delante de Samuel sus siete hijos, y dijo Samuel á Isai, á ninguno de estos ha escogido el Señor. ¿ Por ventura se han acabado ya tus hijos ? Aun hay otro pequeñito que está apacientando las ovejas, dijo Isai. Pues envía por él y tráele, porque no nos sentarémos á comer hasta que él venga. Envió, pues, por él y le trajo. Era un jovencito de quince á diez y seis años, rubio, de hermoso aspecto y de linda cara. Luego que se presentó, dijo el Señor á Samuel : Levántate, ungele, porque ese es. Tomó,

pues, Samuel la aceitera llena de óleo y le ungió en medio de sus hermanos y á la vista de su padre.

El profeta no les declaró lo que significaba esta unción, ni leemos que ellos manifestasen deseos de saberlo. Tal vez creyeron que con esta unción le destinaba á ser algun día del colegio de los profetas, discípulos del mismo Samuel. Tampoco nos dice el historiador sagrado si lo declaró á David en particular, como lo habia hecho á Saul cuando le consagró rey. Lo cierto es que un asunto tan importante quedó sepultado en un profundo secreto. Samuel despues de haber cumplido con el encargo que le habia dado el Señor, se volvió á su ciudad de Rama ó Ramata, y David, despues de haber sido consagrado rey de Israel, se volvió tambien á cuidar de sus ovejas. Esta unción dió á David el derecho al reino de Israel, pero no la posesión, á la que no llegó sino despues de muchos trabajos, sufrimientos y combates, como veremos luego; pero antes vamos á dar noticia circunstanciada de su familia, cuya oscuridad se le echó alguna vez en cara, llamándole por desprecio, hijo de Isai; y hacer ver que su casa, aunque menos rica, y menos conocida en el tiempo de su elección, tenia títulos de nobleza que la hacían muy respetable.

Las familias de la nacion de Israel, que toda entera traía incontestablemente su origen de los hijos de Jacob, y subía por este á Abraham, primera cabeza del pueblo de Dios, no podían fundar su nobleza mas que en dos títulos. Primero, en descender de la rama principal, que era la de Judá; y segundo, en haberse conservado la religion y la bondad en su ascendencia, y estos dos títulos honraban particularmente la ascendencia de David. El autor del libro sagrado de Rut, aunque parece que se ocupa de un suceso particular, su principal objeto es asegurar en David esta nobleza de origen, dando noticia al mismo tiempo de dos notables ascendientes de nuestro divino Redentor, que fueron Booz y Rut,

padres de Obed, abuelos de Isai y bisabuelos de David.

Historia de Rut.

En los dias de un juez (se cree que fué en los de Barac ó Gedeon), cuando gobernaban los jueces, hubo una grande hambre en la tierra de Israel. Una familia virtuosa de Belén tomó, como otras muchas, el partido de irse á vivir donde no llegaba el hambre y se retiró al reino de Moab. Se componía esta buena familia de un matrimonio y dos hijos. El padre se llamaba Elimelec, y la madre Noemi, y los dos hijos Maalon y Celion. Elimelec murió á poco tiempo en Moab, dejando á Noemi viuda y cargada con los dos hijos. Fuese porque durase el hambre en Israel, ó porque hubiesen hecho, para mantenerse, algun establecimiento en el país de Moab, Noemi no se apresuró por volver á su patria. Sus dos hijos llegaron á la edad de tomar estado y los casó con dos jóvenes moabitas. La que casó con Maalon se llamaba Rut, y la de Celion, Orfa. Vivieron en Moab diez años y murieron ambos hermanos sin sucesión, quedando Noemi sin marido y sin hijos.

En tan triste estado, la buena viuda, no teniendo sino motivos para ausentarse de la tierra de Moab, y sabiendo por otra parte que habia cesado el hambre en Israel, se determinó á volver á su patria y ciudad de Belén á concluir sus dias, y morir en el seno de su familia. Sus nueras Orfa y Rut, que la amaban como á madre propia, trabajaban por detenerla en su país, mas no pudiendo conseguirlo, tomaron la resolución de acompañarla en su viaje. No se opuso la afligida Noemi, y luego emprendió su camino acompañándola sus dos nueras; pero habiendo dejado Noemi que la acompañasen la distancia regular para una honrosa despedida, entró en razones con ellas para persuadirlas á que se volvieran á su casa. Id, hijas mías, las dijo, id